

ro que no ha olvidado que somos sus hijos, y que sois nuestros hermanos.

Pero dexemos para otra Instruccion la continuacion de esta materia, y empecemos á sacar de la meditacion de esta primera verdad una conseqüencia que servirá para animar nuestra fé; y es que un Sacrificio que reune tantas grandezas y tantas ventajas, exige de todo el que le presencia el respeto mas profundo, el reconocimiento y el amor mas perfecto.

Dignaos, Señor, de formar en nosotros estas disposiciones, dignaos aumentarlas á medida que conozcamos la excelencia de esta oblation, para que sea para nosotros el Sacramento de la salvacion eterna. Así sea.

INSTRUCCION SEGUNDA

S O B R E

LA MATERIA ANTECEDENTE.

EPISTOLA DE SAN PABLO A LOS HEBREOS, cap. 9. v.
11. 12.

Jesu Cristo, Pontífice de los bienes venideros, por otro mas excelente y perfecto Tabernáculo, entró una sola vez en el Santuario.

NUNCA diríamos bastante si, á exemplo del Apóstol San Pablo, quisiésemos comparar los caracteres del antiguo culto con los del culto nuevo: las prerogativas del testamento dado por Moysés, con las ventajas de la alianza hecha con Dios por Jesu Cristo: el mérito de los Sacrificadores de una ley de muerte, con el poder del sacerdote de la ley de Gracia; y el precio de las víctimas carnales, con la eficacia de

TOM. I.—D

la Hostia viva y verdadera. En la Instruccion pasada os hemos dicho lo bastante para hacer sensible esta comparacion, y para conocer la excelencia del Sacrificio que se ha subrogado en lugar de las oblacones antiguas; pero como ésta es una materia de grande importancia, no parece fuera de propósito insistir sobre ella; porque aunque no nos sea posible medir su grandeza, á lo ménos lo será el enseñarnos las disposiciones que nos prescribe este misterio. Vamos pues á probar que todo es santo en el Sacrificio de la Misa.

Dios es el fin á que se dirige el Sacrificio del Altar, y á quien únicamente se refiere este homenaje; y aunque es infinitamente Santo y grande por su naturaleza, en este Sacrificio se le hace un homenaje infinito de reparacion, y de reconocimiento por parte de la criatura; se le hace tambien un homenaje perfecto de dependencia, porque el mas Santo de los hijos de los hombres, el Primogénito de los predestinados, y el Xefe de los escogidos se consagra en este Sacrificio al servicio de su Padre en nombre de todos los que se ha dignado asociarse en qualidad de miem-

bros, de hermanos y de coherederos de un mismo reyno. Por tanto para nosotros es este un Sacrificio de consagracion, porque la sangre que Jesu-Cristo derrama es la sangre de la nueva alianza, mediante que por su virtud paga el hombre á Dios, no solo todo lo que le debe, sino todavía mucho mas. Siendo imperfecto, como lo es, por su naturaleza, no le hubiera exigido viviendo en la inocencia, otro Sacrificio que el que convenia á una criatura humana, á saber, el de un corazon puro y fiel, contenido en los límites estrechos que circunscriben las virtudes de un ente finito; pero en el Sacrificio de la Misa la oblacion no tiene límites, el mérito de la víctima no tiene medida, y diciendo Jesu-Cristo á su Padre: *he aquí que vengo*, es como si le dixese, he aquí en mí quanto puede honraros mas en vuestra criatura, á saber, un espiritu que solo piensa en vos: un corazon que solo se dedica á amaros: una voluntad pronta siempre á obedeceros: un cuerpo que no tiene facultades sino para inmolarlas á vuestra gloria. ¿Qué podeis exigir del hombre que no encontreis en mí?

El hombre os debe el primer homenaje de su corazon, y yo desde la eternidad misma os he dicho, *he aquí que vengo*. El hombre os debe un amor perfecto, que no se acaba sino con su vida, y el homenaje de mi corazon se perpetua de siglo en siglo, y no tiene otro término que la eternidad. ¿Cómo pues no encontrará Dios en un homenaje tan perfecto, no solamente el de nuestra dependencia, sino tambien la reparacion mas completa de los ultrages que he recibido de nuestra parte? Qualquiera que sea la extension que se dé al pecado, y aunque sea de fé que nuestras culpas limitadas respecto del pecador, son inmensas respecto al objeto ofendido, podemos tener una entera confianza en la víctima que se ofrece por nosotros, porque la malicia del pecado no puede exceder al mérito de Jesu Cristo el qual ofrece una expiacion proporcionada á la magnitud de la ofensa, y á la santidad del ofendido. Sé muy bien que nuestros pecados llevan consigo un carácter de ingratitud, de injusticia, y de infidelidad, que ultrajan sobre manera la santidad de Dios, su justicia y su mi-

sericordia: tambien sé, que el pecado contradice la sabiduría de su Providencia, y que siempre que nuestro corazon se abandona, renueva el atentado cometido por los Angeles malos, y se esfuerza para colocarse en el trono del Eterno; pero yo veo, que cada uno de los atributos de Dios recobra sus derechos en el Sacrificio de Jesu Cristo en el Altar. Aquí es donde Dios exerce sobre el hombre, en la persona de su Hijo, el imperio absoluto, y el dominio soberano de que goza exclusivamente; y al mismo tiempo que el rigor de su justicia le impone los castigos debidos al pecado, la extensión de su misericordia le prepara un medio siempre subsistente de volver á entrar en su gracia. Aquí es tambien donde nuestras ingratitudes se reparan por medio del homenaje del reconocimiento mas completo. Como la riqueza de Dios es infinita, y nosotros somos tan pobres, no podemos ofrecerle unas víctimas proporcionadas á su grandeza. Por otra parte todo quanto tenemos lo hemos recibido de su mano, y en realidad nada podemos darle que no sea suyo. Por eso nos abre sus propios tesoros pa-

ra pagar todas nuestras deudas: su ingeniosa caridad nos proporciona como uno de ellos la Víctima Eucarística, que por sí sola es suficiente para corresponder á la inmensidad de beneficios y de gracias que derrama todos los dias sobre nosotros; y aunque sea inagotable el manantial que los produce, no es ménos fecundo ni abundante aquel de donde sale nuestro reconocimiento. En efecto, siempre que tomamos el Cáliz de la salud, y que unimos nuestras oraciones con las de Jesu Cristo nuestro perpetuo intercesor, podemos estar seguros, de que nuestras ofrendas, y nuestros votos llenan toda la extensión de nuestras obligaciones.

Esta confianza se funda sobre la santidad del que ofrece el Sacrificio. La Sabiduría eterna es quien hace la eleccion de la víctima, y siendo la caridad eterna quien la ofrece, no puede ménos de ser digna del Dios á quien se dirige. El estado de anonadamiento, á que se reduce Jesu Cristo en el Altar, no debilita ninguna de sus perfecciones, ni le despoja de ninguno de sus atributos, ni le priva de los derechos que la da su naturaleza divina.

En este Sacrificio es el esplendor del Padre, el objeto de sus delicias, y su Hijo muy amado, como ya lo era desde la eternidad misma. Unido á los pecadores, pero separado de su iniquidad; cubierto de todas nuestras llagas, y libre de todas nuestras flaquezas; semejante á nosotros en todo, y superior infinitamente á nosotros por su esencia; nuestro hermano, segun la carne, y al mismo tiempo el Hijo del Altísimo, nos presenta quanto puede animar nuestra confianza, quanto puede atraer nuestros corazones, y Dios encuentra en él todo lo que puede fixar las miradas de su misericordia y de su amor. ¿Podrá el Ser Supremo desechar una Víctima, con quien tiene una perfecta igualdad, una Hostia que adoran los Angeles con la mayor sumision, un Sacrificio, del qual no son mas que una figura todas las antiguas oblaciones? ¿Qué es, hermanos míos, lo que veriamos en el Altar, si nos fuese dado penetrar el velo que nos oculta á Jesu Cristo en el momento en que el Sacerdote pronuncia las palabras adorables que obran este inefable prodigio? El Discípulo muy amado en el libro profético de sus

revelaciones nada nos dice que nos dé una idea capaz de acercarnos con mucho al espectáculo que se ofrecería á nuestros ojos. Los nombres de Jerusalem, y de Ciudad de Dios, las descripciones maravillosas que nos hace de sus murallas transparentes como el cristal, y de sus puertas embutidas de piedras preciosas solo son vanas sombras, si puedo hablar de esta manera, en comparacion de la grandeza y del resplandor de un espectáculo tan maravilloso. El Hijo del Eterno, rodeado de esa muchedumbre de espíritus bienaventurados que publican sus victorias, ofrece á la Magestad Divina su obediencia y su humildad para expiar y destruir nuestro orgullo: su paciencia para calmar nuestras murmuraciones: sus tormentos para domar nuestra sensualidad: su sangre para lavar nuestros pecados, y sus lágrimas para extinguir el fuego de nuestras pasiones. Pero callemos, porque nuestra lengua solo balbucea, quando quiere hablar de un misterio tan inefable. El corazon, si es capaz de conocerlo, no puede explicar lo que es un Dios, que se ofrece á Dios, y que se entrega por los pe-

cadores para rescatarlos del pecado; por lo qual si alguno quiere penetrarse de la santidad de este misterio, debe juzgar de él por sus efectos.

Este Sacrificio es santo por los motivos que le han determinado: estos motivos eran conocidos mucho tiempo ántes que se cumpliese y consumase el misterio: David habia dicho que *la misericordia y la verdad se saldrian al encuentro, y que la justicia, y la paz formarían una alianza mutua*; y Daniel, que lo vió de mas cerca, dixo tambien que *la abolicion del pecado, y el establecimiento del reyno de la justicia serían sus frutos*: el pecado destruido es pues la primera ventaja que debemos buscar. Quando nos presentamos en el Altar llevamos á él nuestros pecados personales, y los del Pueblo para ofrecerlos á Dios por Jesu Cristo como una víctima de anatemala. Los gemidos de nuestro corazon quando son sinceros, y el espíritu de penitencia, y de contricion quando es verdadero, son en alguna manera el cuchillo que degüella la víctima, y la caridad de Jesu Cristo es el fuego que la consume.

En la serie de estas Instrucciones veremos, hermanos míos, que se habla con frecuencia del pecado en las oraciones que componen la Liturgia, pidiendo á Dios que nos mire con ojos de misericordia, y que fixe su atención sobre la fé de su Iglesia, y la santidad de la Hostia: pero nuestras disposiciones serán siempre insuficientes, si no llevamos á este Sacrificio un dolor vivo y eficaz. El pecado es un obstáculo poderoso á las gracias abundantes que corren desde el Altar. ¿Qué cosa mas opuesta al espíritu de Jesu Cristo que el pecado? ¿Será posible que en el tiempo mismo que el Salvador se ofrece para destruirlo, y para establecer el reino de la justicia, el pecador endurecido y ciego le declare una guerra violenta, y de union con su enemigo, se oponga á sus designios, y procure destruir sus obras? Cristianos, Jesu Cristo baxa al Altar para substituir la Justicia Eterna al pecado: es decir, que la justicia desterrada en un tiempo de la tierra, se prepara ahora un asilo perpetuo en el Sacramento, á fin de qui si la buscamos, podamos encontrarla.

No la buscamos, no, ni aun en

la sociedad de los hombres en apariencia mas irreprehensibles: ellos tiran siempre por alguna parte á la corrupcion universal; y aunque trabajen para purificarse de la levadura del pecado, esta levadura, segun la expresion de San Pablo, ha comunicado á toda la masa una infeccion que no puede el hombre destruir; pero nosotros tenemos un Santísimo como el que se contenia en el Tabernáculo de Israel, el qual no es en modo alguno inaccesible al pueblo: todos pueden entrar en él por la fé, que es el velo que le roba á nuestros ojos, y todos pueden participar de esta santidad eterna, sino de una manera perfecta en la tierra, á lo ménos de una que sea proporcionada á nuestra necesidades. Hagámonos pues, como Daniel, hombres de deseo, y lo que él decia con un espíritu profético, digámoslo nosotros con espíritu de oracion, á saber, que reyne siempre la Justicia Eterna; que establezca su reino en nuestros corazones, sometiendo la carne al espíritu, y nuestra voluntad á la suya, y nuestras pasiones á sus leyes: en fin, que establezca su reino en el seno de

las familias, para que nunca se alteren la subordinacion, la caridad y la paz.

El Sacrificio del Altar produciria ciertamente todos estos efectos, si los que lo presencian conoiesen su espíritu, y llevasen las disposiciones que exige. ¿Seria posible que si los Cristianos estuviesen unidos á Jesu Cristo, fuente de toda justicia, y principio de toda santidad, inmolando á los pies de sus Altares todos sus afectos carnales; seria posible, digo, que se entregasen á los deseos corrompidos de su corazon? Hermanos míos, no atribuyamos á la ineficacia del Sacraficio el poco fruto que obra entre nosotros, sino á la imperfeccion de nuestra fé. Estudiando estas verdades con mas atencion, meditándolas con mas respeto, y practicándolas con mas fidelidad, si Dios nos da su gracia, haremos, sin duda, mas aprecio de nuestros santos misterios. Entónces no llevaremos á ellos ese espíritu de tibieza y de irreverencia; ya no asistiremos con ese disgusto que hasta aquí hemos tenido, y no saldremos de ellos con el mismo gusto, y la misma inclinacion al pecado.

Dignaos, Señor, formar y oír en noso-

tros este deseo: vos nos dareis sin duda lecciones eficaces para que lleguemos á conocer el honor que os resulta de este misterio: vos, Dios mio, podeis animar en nosotros el homenaje que esperais de nuestro corazon: unid al santo Sacrificio perfecto de Jesu Cristo la oblacion imperfecta, pero entera y libre de nuestra voluntad y malas inclinaciones, á fin que vengamos á ser todos con él una hostia digna de vuestras miradas en el tiempo, y de vuestra misericordia en la eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LAS DISPOSICIONES

QUE DEBE LLEVAR EL CRISTIANO

AL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

ESPISTOLA DE SAN PABLO A LOS HEBREOS,
cap. ii. v. 4.

Por fé ofreció Abel á Dios mayor sacrificio que Cain.

LA letra de la ley quando no va acompañada del espíritu, causa siempre la muerte al que la sigue, como lo manifiesta la Escritura en la persona de Cain, y lo confirma la experiencia en la conducta del mayor número de Cristianos que asisten al Sacrificio de la Misa. El primero de los homicidas

para el Sacrificio de la Misa. 51

ofreció con toda exactitud el Sacrificio indicado por la ley natural. Cultivando los árboles que la Providencia habia criado para la subsistencia del hombre, ofrece los mejores frutos que producen, y cumple exteriormente con tributar á Dios este homenaje, como una señal de su dependencia. Si consideramos á Cain ocupado en este religioso ejercicio, no podremos ménos de mirarle como un adorador fiel de la Divinidad; pero su corazon le quitaba al Sacrificio todo su valor, porque carecia de la justicia, y porque no caminaba como Abel su hermano por los caminos de la inocencia, y la simplicidad.

Los Cristianos tambien concurren como de tropel á nuestros Templos á las horas en que se celebra el santo Sacrificio del Altar, y aunque el mayor número se presenta con una indevoción sensible y criminal, muchos sin embargo denotan con su ayre modesto y devoto un exterior de verdaderos adoradores. ¿Pero por ventura una fé pura é ilustrada, una fé viva, activa y firme, anima sus acciones, santifica su ofrenda y consagra su oblacion?

¿Acaso precede el espíritu de preparación que debe disponer nuestras almas al acto mas santo y tremendo de quantos prescribe la religion? La mayor parte de los que asisten al Sacrificio carecen sin duda de este espíritu, ó por mejor decir, ni aun le conocen; y así será muy conveniente que nos dediquemos á estudiar las disposiciones que se requieren en un Cristiano para adorar á Jesu Cristo en el Sacramento del Altar.

Aunque las oraciones que la Iglesia ha aumentado á la antigua Liturgia no sean todas de la esencia del Sacrificio, y aunque muchas no tengan otro fin que el de prepararnos, á la oblacion de la víctima, y que pueda decirse con verdad, que un Cristiano que se penetra de los sentimientos que inspiran, está verdaderamente preparado para ofrecer el Sacrificio; sin embargo hay disposiciones que deben preceder á muchas de las oraciones, y así como la Iglesia prescribe á sus Ministros que no suban al Altar hasta que esten suficientemente excitados de los diferentes sentimientos que exige su tremendo ministerio,

quiere tambien que los fieles no participen de sus funciones, sino despues de haber participado de las disposiciones destinadas para prepararse. La Iglesia pues, no exige á la verdad de todos, ni en todas circunstancias dilatadas efusiones del corazon; pero quiere que tengan muy presente, que quando asisten á un sacrificio de propiciacion, deben inmolar en sí mismos todos los afectos que la víctima santa va á expiar con la efusion de su sangre. Ella les dice, que una víctima de accion de gracias pide corazones penetrados de reconocimien-to por los beneficios recibidos, sensibles á los beneficios ofrecidos, y dispuestos á aprovecharse de las gracias prometidas, merecidas y derramadas en un sacrificio tan grande: ella les hace entender que Jesu-Cristo, intercesor universal, ama con preferencia á las almas abatidas baxo el peso de sus miserias, afligidas á la vista de sus flaquezas, y persuadidas de su baxeza. Si las graves, y multiplicadas obligaciones no permiten á un Cristiano que explique por menor todos estos sentimientos, ó que á lo ménos los pruebe todos

antes de presentarse á los pies del Altar, la religion le prescribe que se mantenga habitualmente en esta feliz disposicion, y que la renueve con frecuencia para que no recite sin atencion y sin fruto las tiernas y sensibles oraciones que preceden á la oblation divina.

No me parece que debo contar en el número de las preparaciones necesarias la conversion, y la confesion de los pecados, porque sin duda sabeis todos, que el pecado es la disposicion mas incompatible con el Sacrificio de la Misa. El Cristiano que tiene una fé viva é ilustrada, conoce la necesidad de presentarse con un corazon puro; y San Cypriano hace un elogio muy particular de los fieles que para asistir al Santo Sacrificio hacian una confesion algunas veces pública, pero á lo ménos siempre secreta, de aquellos sentimientos de desaliento y cobardía que les habia inspirado el temor de la persecucion; pero si hoy no se observa esta práctica, subsiste sin embargo la obligacion de no presentarse delante del Altar sino con un santo temblor, y

con un dolor verdadero de los pecados.

La palabra Misa, que significa despedida, y que desde los primeros tiempos servia para designar el tremendo Sacrificio, nos trae á la memoria la exclusion formal que hacia la Iglesia de todo pecador escandaloso, y la ley que imponia á los pecadores secretos la obligacion de no presentarse en el Altar, sino con la primera inocencia, ó á lo ménos con un verdadero dolor de haberla perdido, y con un deseo fervoroso de recobrarla. Pero dexando ya á un lado esta materia, paso á tratar de las disposiciones preparatorias que nos indican las vestiduras sagradas; y aunque la aplicacion de estos diferentes misterios se dirige especialmente á los Ministros del Altar, los fieles, sin embargo, pueden deducir conseqüencias muy importantes.

El Ministro se cubre la cabeza, ó las espaldas con un velo ó amito, que segun la inteligencia de los mas antiguos Misales, representa el saco de penitencia que recomendaban al Pueblo tantas veces los Profetas del Antiguo

Testamento, para expiar sus pecados. Tambien representa el morrion ó casquete con que se cubrian los soldados para defenderse de los tiros del enemigo; y la Iglesia, valiéndose de esta alegoría, pone en la boca del Ministro estas palabras: *dignaos, Señor, poner sobre mi cabeza el morrion de salud, para que yo pueda rechazar los esfuerzos del espíritu tentador.*

Un Cristiano convencido de que no debe acercarse al Altar, sino para fortalecerse contra los ataques del enemigo, debe dirigir á Dios esta misma oracion. ¿El morrion de salud no ha sido puesto sobre su cabeza en el momento de su regeneracion? El lienzo ó capillo que el Sacerdote pone sobre la cabeza al niño despues de bautizarle ¿no tiene una relacion sensible con aquel que se pone el Sacerdote para celebrar el Sacrificio de la Misa? Por tanto digamos con él: *Dios mio, haced que el enemigo de la salvacion, viendo sobre nuestras cabezas una señal de proteccion para nosotros, y de terror para él, puesta por vos mismo, tema vuestro poder, y que todos sus esfuerzos*

para debilitar nuestro fervor, para turbar nuestro espíritu, para exaltar nuestra imaginacion, y conmover nuestro corazon, sean entre sus manos otros tantos tiros embotados por vuestra gracia; y pues este amito nos acuerda el saco y la ceniza, haced que el demonio nos halle siempre penetrados de un arrepentimiento verdadero, y del deseo mas ardiente de evitar, y de huir el pecado. ¿Pero de qué le servirá al Cristiano cubrirse con el saco de la penitencia, ni tener su frente defendida con el morrion de la proteccion de Dios, si expone su cuerpo á los golpes del enemigo, y su alma á los tiros con que le amenaza á cada instante?

El Sacerdote se reviste del Alva, llamada así por su blancura. Este traje que en los primeros tiempos traian las personas mas distinguidas de la República Romana, y que se daba en la antigua ley á todos los que servian en el Tabernáculo, es ahora en la Iglesia la vestidura del Sacerdote, para recordarle la gravedad que conviene á su estado, y á los fieles el respeto que deben á su ministerio. El color de esta vestidura

debe inspirar á los Sacerdotes una pureza de costumbres que los haga irreprehensibles, y los fieles imitándolos en esta parte deben tambien purificar su alma de todo pecado. Así, mientras que el Sacerdote dice; *Lavadme, Señor, y purificad mi alma, para que lavada en la sangre del Cordero, merezca gozar de una felicidad eterna:* el Pueblo, penetrado de los mismos sentimientos debe considerar con vergüenza y con dolor el intervalo, que entre Dios y él ponen sus pecados é ingratitudes. Debe pues solicitar aquella inocencia de costumbres, aquella pureza de corazon, y aquella rectitud de conciencia y de espíritu, que pueden hacerle irreprehensible en el tribunal del Justo Juez, y adquirirle un derecho cierto á un reyno donde todo respira pureza: y pues que el Altar es la imagen del cielo; el Pan que se come el de los Angeles; el Dios que se adora la felicidad de los bienaventurados, y el Cordero que se sacrifica, el Xefe de los Santos; el Sacerdote y el Pueblo deben imponerse la obligacion de ofrecer en este Paraíso sensible, y en este

Altar visible unas conciencias dignas del Altar sublime del cielo.

Nada es indiferente en una religion donde todo es espíritu: el cingulo mismo adoptado por todos los que usan un traje talar para su propia comodidad, es una señal para el Sacerdote y el pueblo de una virtud tan rara como preciosa: *Poned, Señor,* dice el Ministro, *al rededor de mis lomos un cingulo de pureza: extinguid en mi corazon el fuego devorador de una concupiscencia criminal, y haced que el fuego de la caridad ocupe el lugar de los afectos que serian indignos de vos.* ¡Ah, qué desgracia para los Ministros y los asistentes cuyo corazon no esté de inteligencia en estos momentos con sus labios! Qué cargo tan terrible para todos los que no se presenten con verdadera pureza! Jesu-Cristo, hermanos míos, es nuestro modelo: el vino que ofrece en su mesa, es el que enciende en las vírgenes la viva llama de la caridad, y el cántico del Cordero no debe cantarse en el cielo sino por aquellos que han sabido conservarse puros é inmaculados.

Pudiera extenderme mas sobre esta materia; pero pasando á tratar de otros usos desconocidos al comun de los fieles, os daré ocasion de hacer por vosotros mismos reflexiones muy útiles; pidamos á Dios, que fortalezca nuestro fervor y nuestra fe. Así sea.

SEGUNDA INSTRUCCION

SOBRE

LA MISMA MATERIA.

EXODO, cap. 25, v. 40.

Atiende, y hazlo segun el modelo que te ha sido mostrado en el monte.

ESTE es un mandamiento que se dirigia á Moyses. Despues que el dedo del Señor grabó sobre dos tablas de piedra la ley que queria dar á su pueblo, prescribió á este Xefe y conductor de Israel el órden que debia observarse en las víctimas, las ceremonias para los sacrificios, las vestiduras del Sumo Sacerdote; y las circunstancias que debian concurrir en los Ministros para auxiliarle en sus funciones. La Iglesia parece que habla de la misma manera á los Sacerdotes de la nueva ley, quando los pres-

TOM. I.—F